

## DON QUIJOTE Y SANCHO PANZA EN LA GUERRA DE LA RESTAURACIÓN DE PORTUGAL

Antonio Sáez Delgado  
*Universidad de Évora*

*A Fernando Pérez, in memoriam*

### I

**A**quilino Ribeiro escribe en *No cavalo de pau com Sancho Pança* que «Don Quijote es una especie de retrato espectral de España»<sup>1</sup>. Ese «retrato espectral» del que nos habla el traductor portugués del *Quijote* está marcado por las huellas de una historia, la española, protagonista de las mayores ambiciones, y que vive en la segunda mitad del XVII, medio siglo después de la aparición del libro de Cervantes, una profunda decadencia social y económica en paralelo al Siglo de Oro de su cultura. Para Aquilino, en Don Quijote se une —como en España— el alto ideal (y la profunda insatisfacción) de intentar ser siempre mejor con un intenso complejo de destrucción que estraga buena parte de sus elevadas aspiraciones, llevándole a afirmar que «hay naciones locas como hay individuos locos».

Entre los fantasmas más presentes en el imaginario histórico español de la crisis del Barroco, las empresas bélicas emprendidas por Felipe IV cobran un papel protagonista, y entre ellas destaca el periodo, entre 1640 y 1668, marcado por la Guerra de Restauración de Portugal. Algo de ese retrato espectral de España al que aludía Aquilino hay, en ese mismo contexto histórico, en el poema titulado *Carta que el caballero don Quixote de la Mancha envió por su escudero Sancho Panza a Don Juan de Austria sobre el suceso de la batalla que perdió en Alentejo. Con la copia de otra que al mismo caballero a este propósito mandaron, etc, por Ferreira, músico*, del que nos da noticia Vicen-

te Barrantes<sup>2</sup> en su *Aparato bibliográfico para la historia de Extremadura*, que ve la luz en 1875, diez años antes del nacimiento de Aquilino. En esta notable obra de la bibliografía extremeña, y dentro de la entrada correspondiente a *Alconchel*, Barrantes menciona —junto a otros textos de carácter histórico referentes al «Sitio y toma de Alconchel por D. Juan de Austria»— la existencia de este texto, de 22 páginas en folio, en la biblioteca de Évora (Portugal).

El poema de Ferreira, que podríamos situar en la misma familia ideológica de la literatura satírica —casi toda producida en entornos jesuitas— que arremete contra la figura de Don Juan José de Austria, toma como motivo central la derrota sufrida por los españoles en la batalla de Ameixial y la huida del príncipe, debiendo haber sido escrito en la segunda mitad de 1663, entre el día 8 de junio (fecha de la batalla) y el final del año, pues esa indicación temporal —1663— aparece en la primera página del código eborense en el que se encuentra el texto. Este código, cuyo título responde a *Compendio de ditos, e efeitos, sentenças e sucesos / Dos homes que no mundo são dignos de nome e fama / recopilado de diversos autores / (...) do Lago e Velasco / Anno de 1663*, reúne, junto a textos de carácter filosófico, un interesante conjunto de poemas referidos a la misma batalla y al papel desempeñado en ella por Don Juan José y las tropas españolas, objeto de las burlas y sátiras de diferentes autores en castellano y portugués, entre las que destaca, junto a la *Carta...*, un amplio conjunto de décimas que sentencian «Não fora melhor a morte / do que uma fugida tal».

## II

En diciembre de 1640, fecha oficial de inicio del levantamiento portugués, cuyo reino se encontraba sometido a la corona de España desde 1580, las sublevaciones ya eran una realidad en varios puntos de la frontera, como lo demuestra el hecho de que el rey Felipe IV hubiese ordenado, en enero de 1638, la constitución en Badajoz de un Consejo que regulase la situación y que fuese tomando las medidas oportunas para la creación de un ejército (que será, posteriormente, denominado «Ejército de Extremadura»<sup>3</sup>) que defendiese los intereses lusos del rey español. Precisamente Évora es, en aquel momento, uno de los focos más activos de la insurrección, con una importante implicación de su universidad jesuita en la instigación social, como discutieron acaloradamente, a finales del siglo XIX y principios del XX, Oliveira Martins y Camilo Castelo Branco<sup>4</sup> en publicaciones de título tan significativo como *Bohemia do Espírito*, de 1903. En esas páginas, mientras el autor de *Amor de perdição* rechazaba la hipótesis de que el impulso de los jesuitas fuese esencial en las primeras insurrecciones, el de *História da Civilização Ibérica* atribuía los alzamientos de Évora al «sebastianismo jesuita» y al mito del Quinto Imperio alimentados por las voces de los padres Luís Álvares, Leão Henriques y António Vieira. Oliveira Martins no tiene dudas sobre el origen del conflicto:

La Universidad de Coimbra era de los jesuitas; más aún, si cabe: también les pertenecía la de Évora. Y fue ahí donde en 1637 se inició la revolución anti-castellana [...] Los padres de la Compañía eran los maestros de los mozos de la tierra, y los directores espirituales, no sólo de las familias ilustres, sino, incluso, de las más humildes y oscuras. Señores del púlpito, del confesionario y de la cátedra, se valían de la elocuencia sagrada, de la autoridad del magisterio y de la reputación de santidad para minar lentamente el corazón a los pueblos, divulgando la creencia de un nuevo imperio prometido en breve por las profecías y prodigios referentes a la fidelidad portuguesa; y, a pretexto de celar la buena memoria de los príncipes naturales y los recuerdos de la independencia perdida, estimulaban la saudade del pasado y la desgana del presente. Grande fue la imprudencia del gobierno español en levantar contra sí a gente tan poderosa<sup>5</sup>.

El día 21 de agosto de 1637 el pueblo de Évora se reunía en la Praça de Giraldo para amotinarse contra el dominio castellano, cuyas imposiciones en materia de impuestos (imprescindibles para mantener los numerosos conflictos bélicos en que participaban las tropas castellanas) generaron numerosos conflictos, especialmente durante el reinado de Felipe IV y el ministerio del

Conde-Duque de Olivares, de quien Quevedo pasó de ser fiel partidario, entre 1633 y 1636, a uno de sus más amargos críticos<sup>6</sup>. Era el comienzo de casi tres décadas de batallas y escaramuzas, que cosieron la línea fronteriza con fortificaciones y castillos, dejando en territorios como el Alentejo y Extremadura hondas huellas de pobreza y un índice de despoblamiento del que aún hoy no se han recuperado. Si Lisboa, la mayor ciudad portuguesa, contaba en 1640 con 67.000 habitantes, Coimbra con 5.000 y Oporto y Évora con 4.000<sup>7</sup>, la ciudad de Badajoz pasó de los 3.000 vecinos que tenía en 1640 a 1700 en 1690, periodo en el cual Extremadura pierde aproximadamente la mitad de sus efectivos humanos<sup>8</sup>.

Como consecuencia de los alzamientos populares en Portugal, se constituye el Ejército de Extremadura y don Juan de Garay, mestre de campo general, plantea la necesidad de fortificar la ciudad de Badajoz, objetivo de las insurrecciones portuguesas. Da comienzo, así, la historia aceptada de la Restauración de Portugal que, hasta 1668, será también una buena parte de la historia de España, que se entretenía a veces mirando hacia el este y olvidando la situación en que pervivía el pueblo portugués. Señores del púlpito, del confesionario y de la cátedra, gente poderosa en la lúcida opinión de Oliveira Martins, comenzaba a tramar y a desarrollar un profundo sentimiento anticastellano alimentado durante demasiados años en silencio. El retrato espectral de España se hacía de nuevo visible en las batallas que se fueron sucediendo en los puntos estratégicamente más importantes de la frontera extremeño-alentejana: Vila Viçosa, Alconchel, Estremoz... originando una historia marcada a hierro y fuego por el incansable coraje demostrado por los soldados portugueses y sus aliados, por un lado, y por la distracción, falta de astucia y desdicha de las tropas españolas —en varias fases— y sus valedores, por otro, plasmada durante décadas en la literatura satírica de la época, que lanza sus flechas contra los protagonistas directos o indirectos de las guerras y sus consecuencias sociales: Villamediana contra el Duque de Lerma, Quevedo contra Olivares o Cortés Osorio contra Juan José de Austria<sup>9</sup>, el protagonista histórico del texto de Évora. La campaña bélica de 1643 ya fue objeto de las burlas de los poetas satíricos, como en esta composición que se mofa del papel desarrollado por don Diego Benavides y de la Cueva, cabeza del ejército en ese periodo tras sustituir al Duque de Alba:

Socorro piden al Conde  
los pueblos en su aflicción,  
y el Conde á su petición  
ni socorre ni responde.

Dentro en Badajoz se esconde,  
 sus muros fortificando,  
 tiempo al enemigo dando;  
 ni armas previene ni gente,  
 que, como Fabio prudente,  
 piensa vencer dilatando.  
 No falta al Conde valor,  
 que es cueva de Benavides,  
 nieto de españoles Cides,  
 del moro espanto y terror.  
 Que la Condesa y su amor  
 le detiene, es cosa clara;  
 pues al partir de su cara,  
 cuando Marte más le pica,  
 si espuela de honor le acica  
 el freno de amor le para<sup>10</sup>.

La guerra, que ya había conocido antecedentes directos en los levantamientos de Oporto (1628) y Santarém (1629), había comenzado. Las clases altas portuguesas, del lado de Felipe II en 1580 con la esperanza de obtener importantes rendimientos comerciales de la unión con el imperio colonial hispano, se sentían decepcionadas por la política de Felipe IV, creándose una conjura alrededor del duque de Braganza, proclamado el día 1 de diciembre de 1640 Rey de Portugal con el nombre de João IV, aprovechando el hecho de que las fuerzas militares castellanas se encontrasen disputando el frente catalán, también en armas por la intromisión francesa en su territorio. Poco a poco, desde los púlpitos, confesionarios y cátedras comenzó a hacerse público el deseo ferviente de alcanzar la independencia de la mano de este rey, cosmopolita coleccionista de música<sup>11</sup>, y que representaba ese espíritu sebastianista al que hacía referencia Oliveira Martins. Rápidamente, los enemigos de España acudieron al encuentro de Portugal, convirtiéndose Francia (en 1641) e Inglaterra (un año más tarde) en sus aliados, listos para hacer una muesca en las páginas en las que se escribía la historia de la Península Ibérica.

### III

Don Juan de Austria, el vencedor de Lepanto, héroe de la historia presente en la vida y en la obra de Cervantes, nació el mismo año que el autor de *El Quijote* (1547) y murió cuando el rey Don Sebastián desaparece para siempre en la batalla de Alcazarquivir (1578). Es difícil encontrar otro personaje marcado por el destino

en una encrucijada semejante. Don Juan José de Austria (el segundo Juan de Austria), protagonista del texto de Évora, perseguido tal vez por un sino contrario, nace en 1629 y muere —sin guiños históricos— en 1679, en plena decadencia del imperio español, lacrado por un origen social adverso. Él, admirador del héroe de Lepanto —contaba en su biblioteca con una crónica de sus hazañas<sup>12</sup>—, vivió cincuenta años en los que intentó siempre emular su fama y alcanzar la notoriedad pública, siendo durante buena parte de su vida objeto de burlas y comparaciones con el primer Juan de Austria, como las que escribe el ácido Juan Cortés Osorio en *Desvergüenzas de la plaza*:

- [...] en el sermón de la batalla naval he oído mil alabanzas del señor don Juan de Austria, que en España venció a los moros, en el mar a los turcos y en Flandes a los herejes.
- Calle, tía —le replicó el gorrón—, que parece que está chocha. ¿No sabe lo que va de Pedro a Pedro? Aquel gran Príncipe de la victoria de Lepanto fue el señor don Juan de Austria, hijo de Carlos V, habido en una señora de Gante; estotro dicen que es hijo de don Felipe Cuarto, habido en una farsanta, y va por muy diverso camino del otro, porque éste ha sido vencido de los moros, de los cristianos, de los herejes y de todos los que han peleado con él, y por sus quimeras ha embarazado el remedio de España y nos ha puesto en el estado que la vemos<sup>13</sup>.

El bastardo Juan José de Austria nació de los amores de Felipe IV con la actriz María Calderón, la *Calderona*, recluida poco después en el monasterio de Valfermoso de las Monjas de Guadalajara. El niño, bautizado como «hijo de la tierra» (de padres desconocidos), sería criado en León y en Ocaña, recibiendo una educación tan esmerada como los deseos que tenía en él depositados su padre de que alcanzase un cargo eclesiástico de importancia. Si a los más de treinta hijos bastardos que se dice contó Felipe IV<sup>14</sup> unimos la amplia lista de amantes que cultivó la *Calderona*, no es difícil imaginar las conjeturas que se aventuran sobre la paternidad de Juan José, cuyo supuesto parecido con el Duque de Medina de las Torres fue motivo de comentarios jocosos y satíricos:

Un fraile y una Corona,  
 un Duque y un cartelista,  
 anduvieron en la lista  
 de la bella *Calderona*.  
 Bailó, y alguno blasona  
 que, de cuantos han entrado  
 en la danza, ha averiguado  
 quien llevó la prez del baile.  
 Pero yo aténgome al frailee  
 y quiero perder doblado.



De tan santa cofradía  
 procedió un hijo fatal;  
 y tocó al más principal  
 la pensión de la obra pía;  
 claro está que le daría  
 lo que quisiese la madre.  
 Pero no habrá a quien no cuadre  
 una razón que se ofrece:  
 «Mírese a quién se parece,  
 porque aquel será su padre»<sup>15</sup>.

Aseguran sus biógrafos que desde muy pronto el joven Juan José mostró buenas aptitudes para el estudio, cultivando el placer por la lectura de obras literarias y de carácter científico, que le acompañará a lo largo de su vida<sup>16</sup>, y que cumpliría un papel tan importante en su formación como lo serían, también, sus excelentes dotes para la equitación, esgrima y otras modalidades militares. Recién inaugurada su adolescencia, en 1642, Juan José de Austria era reconocido por su padre y legitimado en el lugar que le correspondía, siendo nombrado Gran Prior y caballero de la Orden de San Juan, acreedor de los privilegios y derechos oficiales y públicos de esta condición. Esta legitimación, que fue el auténtico inicio de una notable carrera militar tan jalonada de éxitos como sonora en fracasos, vino motivada por el ejemplo del Conde Duque de Olivares que, sin hijos varones en su matrimonio, pretendió reconocer a uno fuera de él, buscando la complicidad y el apoyo en la misma resolución del rey, que no faltó a la propuesta de su favorito que hacía arrancar una nueva vida para Don Juan José de Austria, objeto de una extensa serie de privilegios de tratamiento<sup>17</sup> que intentaría no defraudar en sus importantes responsabilidades. Así, en 1647, con tan sólo 18 años de edad, es enviado a Nápoles para acabar con la rebelión contra la Casa de Austria, consiguiendo ayudar en la victoria y alcanzar nueva notoriedad ante los ojos del rey, que confía en él para intentar sofocar los conflictos de Cataluña y los Países Bajos, de donde es nombrado gobernador en 1656.

Tras firmar la Paz de 1659, que superaba la complicada realidad de Flandes, Felipe IV decide dedicar por fin un esfuerzo importante a resolver la situación de Portugal, con dos décadas de enfrentamientos bélicos fronterizos, recurriendo de nuevo a Don Juan José de Austria. Así, en febrero de 1661 (tras la constitución de una Junta de Guerra presidida por el propio Don Juan), Felipe IV le nombra Capitán General de la Conquista del Reino de Portugal, pasando de un planteamiento defensivo a un ataque frontal y directo de las

líneas portuguesas más cercanas a la frontera. Para ello, el ejército de Extremadura (donde se mezclaban hombres provenientes de Alemania o Italia con extremeños y de otras zonas del país) se transformó en protagonista principal del asedio a partir de la campaña de 1661. Bajo el mando de Don Juan de Austria se produjo la toma de Arronches en junio de ese mismo año, albergándose esperanzas de una conquista rápida y segura que no siempre fueron compartidas por el propio Don Juan, que mostró su fatiga y escepticismo a la Corte, solicitando un aplazamiento de los trabajos bélicos «hasta que el tiempo y las fuerzas nos diesen lugar para hacerla más vigorosamente»<sup>18</sup>. Sin embargo, sus demandas no fueron escuchadas y Felipe IV ordenó continuar con los planes previstos, haciendo oídos sordos a las quejas de Don Juan acerca del lastimoso estado de su ejército, que sobrevivía a unas condiciones económicas seriamente adversas. En diciembre se lleva a cabo la toma de Alconchel, villa que «por su situación geográfica, ha sido un puesto importante en todas nuestras guerras con Portugal», como sentencia Barrantes<sup>19</sup>, mientras se concierta, en otro escenario paralelo, el matrimonio de Carlos II de Inglaterra con Catalina de Bragança, hermana del Rey Afonso VI de Portugal, cuyo apoyo a las tropas lusas será trascendental en los años sucesivos.

En la campaña de 1662 (cuya historia quedará patente en el libro de don Jerónimo de Mascareñas *Campaña de Portugal por la parte de Extremadura en el año de 1662, executada por el serenísimo señor Don Juan de Austria, de 1663*<sup>20</sup>) un potente ejército concentrado en Extremadura consiguió las rendiciones, entre otras villas, de Borba, Juromenha, Monforte y Alter do Chão, victorias que no consiguieron acabar con las numerosas deserciones que se producían en las filas de Don Juan, que veía crecer en el fondo de sus convicciones el escepticismo en una victoria fácil y rápida.

#### IV

El Duque de Maura<sup>21</sup> se refiere en a los primeros años de la década de 1660 como un periodo de *tristeza ambiente*, que se reflejaba en el Rey, en la Corte y en los tiempos. La de 1663 fue la campaña central de la guerra entre portugueses y españoles, significando el momento cumbre de los enfrentamientos y, como es bien sabido, la dolorosa derrota de las tropas de Juan José de Austria en Ameixial, a pocos kilómetros de Estremoz. Durante esta campaña, la corona española pretendió poner cerco a Lisboa por medio de una maniobra marina y de un asedio terrestre que se adentraría por el Alentejo, mientras las tropas portuguesas, dirigidas por el Conde de Villafior, don Sancho Manuel, auxiliado en especial por el

alsaciano Schomberg, Maestre de Campo General y artífice, en buena medida, del desarrollo final del conflicto, aguardaban el ataque de los infantes españoles.

El 6 de mayo salía el Ejército de Extremadura, al mando de Don Juan José, con más de 10.000 hombres y 7.000 caballos, llegando a las cercanías de Estremoz, donde aguardaba el portugués, formado por 8.000 hombres y más de 2.000 caballos. Ante la notable presencia de soldados en ese punto, don Juan José decide dirigir sus tropas hacia Évora, ciudad que se encontraba peor defendida, cercado la población, resguardada sólo por 1.000 infantes<sup>22</sup>. El 23 de mayo se produce la rendición total de la ciudad, un día después de que Juan José de Austria haga su entrada atravesando las Puertas de Aviz, donde le esperaban, forzados por las circunstancias e intimidados por dos emisarios, el Rector de la Universidad de Évora y otros profesores jesuitas. El interés de Don Juan José por la presencia de estos profesores en este momento simbólico pone de manifiesto el conocimiento que la Corona española tenía, ya por entonces, del importante papel desempeñado por los ideólogos jesuitas en la Restauración de Portugal, como lo demuestra la frase surgida de la boca del Príncipe al visitar una de las capillas de la Universidad: «aquí se hizo la traición a mi padre»<sup>23</sup>.

Sin embargo, las halagüeñas perspectivas originadas por la toma de Évora se verían radicalmente sepultadas pocos días después, cuando las tropas de Don Juan se enfrentaron a las portuguesas (auxiliadas por el Conde de Villaflor, que acudía en ayuda de Évora con 10.000 infantes y 4.000 caballos) en las proximidades de Estremoz. La batalla, realizada el día 8 de junio, significó la mayor derrota del ejército español, que huyó desprovisto ante los portugueses, refugiándose en Arronches su líder y, posteriormente, en Badajoz, mientras las tropas lusas tomaban de nuevo la ciudad de Évora. Juan José de Austria sufre, así, uno de los episodios más humillantes de su historial bélico, como relata en una carta enviada a Felipe IV:

Fácilmente creerá V. M. que quisiera antes haber muerto mil veces que verme obligado a decir a V. M. que sus armas han sido infamemente rotas de los enemigos, con la ignorancia más sin ejemplo que jamás ha habido; igual sólo a mis pecados, que sin duda le han causado... Para decirlo de una vez, ningún hombre en el ejército cumplió con lo que debía, y yo el primero, pues no quedé hecho pedazos en aquel campo, para excusarme esta nueva pena de dar a V. M. la que tendrá con estas noticias, al fin. Nuestra infantería ha dejado un ejemplar nuevo en las historias, pues no se hallará en ellas hasta hoy que haya sido roto un ejército por otro que no quiso dar la batalla, ni tal intención tuvo, y que, después de ganada, no lo acertaba a creer... Para acreditar más la vileza de nuestra gente es de notar,

que ella misma saqueó el bagaje y todo lo que no se pudo retirar... Este, Señor, es el suceso. Las circunstancias de mi dolor sólo se pueden escribir con pedazos del corazón; no extraño la pérdida de una batalla, porque Dios, que es Señor de ellas, concede las victorias a quien es servido, y es menester conformarse con su voluntad; lo que me ha llegado al alma es hacer la última experiencia de la vileza de nuestra nación y de la infamia con que se ha portado lo general de ella, descrédito que no se borrará jamás de la memoria de los tiempos<sup>24</sup>.

La gran derrota define un momento crucial en el proceso de restauración de Portugal, pues las tropas españolas pasaron de la euforia y la subestimación del enemigo a un profundo sentimiento de inseguridad y de desasosiego ante la disciplina y el orden manifestados por los portugueses. Las tropas lusas comenzaron a creer en sí mismas y en sus posibilidades de victoria frente al enemigo, resucitando un espíritu común de lucha y de creencia en un futuro próspero. Mientras, Juan José de Austria viaja a Madrid para entrevistarse con el Rey y demandarle más atenciones hacia su persona —sus altas pretensiones sociales y políticas le granjearon numerosos e importantes enemigos—, y regresa a Portugal para la campaña del año siguiente, en que las tropas portuguesas alcanzan un conjunto de hombres y medios aún más notable, propiciando nuevas derrotas a los soldados españoles. En el verano de ese año, Don Juan José decide abandonar el mando del ejército español con la intención de acomodarse en la Corte, donde pretende iniciar una carrera política que fraguará plenamente en 1677, cuando accede al gobierno. En 1665, tras una nueva derrota —en Vila Viçosa— de las tropas españolas dirigidas ahora por Caracena, Felipe IV cede ante la realidad de los hechos y se abandona al destino de las circunstancias, pronunciando una frase, «parece que Dios lo quiere»<sup>25</sup>, marcada ya a fuego sobre el retrato espectral de España.

## V

A la muerte de Felipe IV en 1665, queda como heredero de la Corona su hijo Carlos II —nacido en 1661—, ejerciendo la regencia su madre, Mariana de Austria, asesorada por una Junta de Gobierno y, especialmente, por el jesuita alemán Juan Everardo Nithardt, que se convierte en su favorito. Carlos II se mostró desde muy temprana edad como un niño frágil y enfermo, objeto de burlas satíricas, como revela la rima «El Príncipe, al parecer, / por lo endeble y patiblando, / es hijo de contrabando, / pues no se puede tener»<sup>26</sup>. Ante estas circunstancias, se originó en ciertos sectores sociales un movimiento de simpatía alrededor de la figura de Juan José de Austria, cuya participación en los diferentes

escenarios bélicos promovidos por su padre le había granjeado alguna fama entre el pueblo —Gracián le dedica la segunda parte de *El Criticón*<sup>27</sup>—, descontento por la situación que se cernía con la aparición como favorito de la Reina del padre Nithardt, su confesor, que reunía dos condiciones que fustigaban su popularidad: ser jesuita y extranjero.

La rivalidad de los dos bandos, los partidarios del padre Nithardt (conocidos como «everardos» o «nithardistas») y los de Juan José de Austria (los «austriacos»), fue creciendo con los meses, desarrollando sobre el tablero de juego un papel esencial, una vez más, la Compañía de Jesús y su potente aparato generador de opinión, a través de numerosos panfletos y libelos. En 1667, los apoyos de Juan José de Austria habían crecido gracias a su popularidad y a un «modo de estarse secretamente público y públicamente secreto»<sup>28</sup> que despertaba la simpatía de las clases populares, que veían en él a un posible salvador para la Corona. Fue incluido en el Consejo de Estado y, gracias a su posición en Madrid, se convirtió en cabecilla de un amplio movimiento de oposición a Nithardt, sirviéndose de variadas sutilezas propias de la política extrainstitucional. Mientras en 1668 se da por concluido el proceso de Restauración de Portugal, los años que median hasta 1677, en que Juan José de Austria alcanza el gobierno, y durante los que ejerce su mandato (hasta 1679), se convierten en una auténtica guerra de papel impreso, en la que las acusaciones y defensas respectivas están a la orden del día, creándose un terreno abonado para la aparición de numerosos escritores de sátiras políticas, entre los que destacan el padre jesuita Juan Cortés Osorio, defensor de Nithardt y feroz atacante de don Juan José, y Manuel Guerra, posicionado siempre junto al soldado-político<sup>29</sup>.

Entre los textos de carácter satírico de este periodo es frecuente encontrar referencias al suceso histórico de la Restauración de Portugal, así como a diferentes batallas en que los españoles fueron castigados por las tropas lusas<sup>30</sup>, no siendo completamente extraña la presencia del personaje de Don Quijote en alguno de estos textos. En 1663, año de la batalla de Ameixial, *El Quijote* ya había conocido algunas ediciones lisboetas, surgidas al calor del éxito de la primera del libro<sup>31</sup>, que no conocerá su traducción portuguesa hasta 1794, casi medio siglo después de que se tradujesen las *Novelas ejemplares* y con más de un siglo y medio de retraso sobre las primeras (y prontas) traducciones del libro al inglés (de Thomas Shelton, en 1612), al francés (de César Oudin, 1614) o al italiano (de Lorenzo Franciosini, en 1622). La bien conocida fortuna de la obra, que lleva al bachiller Sansón Carrasco a afirmar en la Segunda Parte que «a

mí se me trasluce que no ha de haber nación donde no se traduzca», así como la *universalización* de su personaje, no hacen extraño el que Don Quijote y Sancho apareciesen, tanto en Portugal como en España, como personajes principales o secundarios de numerosas obras literarias de diferente interés y difusión. Entre éstas, y dentro del contexto que rodea al acontecimiento histórico de la Guerra de Restauración de Portugal, destaca la envenenada *Carta escrita por Don Quijote al Señor Don Juan de Austria*<sup>32</sup>, muy probablemente de la misma familia ideológica que la *Carta... de Évora*, en la que los partidarios del padre Nithardt arremeten con Don Juan José utilizando la figura de un Don Quijote dolido por la situación de España y por las desatinadas aventuras acometidas por el hijo de Felipe IV, a quien se acusa explícitamente de no «obedecer al confesor». El tema de fondo caballeresco del Quijote proporcionaba una imaginaria y puesta en escena útil para los reyes y cortesanos, que creían ver en sus prácticas posibles modelos de autorrepresentación<sup>33</sup>. Don Quijote sobrepasó rápidamente el estrecho ámbito de las páginas impresas, transformándose en un emblema utilizado en variadas circunstancias, entre las que cabe destacar el desfile que protagoniza, bajo la forma de una máscara denominada «El triunfo de Don Quijote», por las calles de Salamanca en 1610, con motivo de la beatificación del fundador de la Compañía de Jesús, relacionada en varios aspectos con la obra de Cervantes<sup>34</sup>.

En panfletos o libelos que circulaban por las calles o en la oscuridad de manuscritos dispersos en códices por las bibliotecas, sin ocultar la personalidad del autor o salvaguardados por el anonimato, muchas veces desde la clandestinidad, los textos contra Juan José de Austria erosionaron la difícil situación de su gobierno, haciéndose eco de sus desgracias en el Alentejo. En uno de estos textos, que simula un juego de naipes entre Mariana de Austria, el padre Nithardt y don Juan José, tampoco falta la referencia a la pérdida de Portugal:

### Divertimento del ocio en el «juego del hombre»

Sentáronse a entretener  
una noche de estas Pacuas,  
la Reina y su confesor,  
y el señor don Juan de Austria.

Quisieron jugar al hombre;  
pidió la Reina barajas,  
y don Juan se las ofrece  
de Cataluña o de Francia.

El naipe tomó don Juan,  
y comenzando a echar cartas,  
como no eran muy a gusto,  
la Reina se las baraja.

Tomó el confesor el naipe  
y repartió cartas falsas;  
dicen todos «paso», «paso»;  
pasan y ninguno pasa.

Alzó por malilla de oros,  
robó basto y Rey sin guarda,  
porque a tener guardia el Rey,  
de cierto que no robara.

«De aquesta vez me hago hombre»,  
di jo con la voz mirlada,  
y España juega al mudillo  
callando y tomando cartas.

Salió la Reina, de un Rey,  
Sirvenle don Juan y España,  
Mas en llegando a su mano  
Luego al punto se le falla.

Triunfó de basto el bendito,  
la Reina le levantara  
si al punto el señor don Juan  
no atravesara la espada.

Don Juan jugó de otro Rey  
por si acaso renunciaba;  
pero avisóle la Reina  
y no renunció; aquí hay maula.  
Tornó a salir de un caballo  
diciendo que se ganaba  
hasta Rey, y le salió  
mucho mejor que a Malladas.

Jugó de mala el teatino  
y quitóle el oro a España,  
y en llegando a aqueste punto  
a nadie dejó hacer baza.

Tiró la polla, y barato  
dio a los que mirando estaban:  
a Portugal todo un reino,  
todo Flandes le dio a Francia;

y porque no se quedase  
sin el barato Alemania,  
después de llevar la polla  
le dio toda la ganancia.

Levantóse don Juan luego  
y fuese, quedando España  
con la baraja en las manos;  
quien pierde, siempre baraja.

No procure desplicarse,  
que si el naipe no me engaña,  
levantarse y no jugar  
es la acción más acertada<sup>35</sup>.

Entre las piezas escritas por los partidarios de Nithardt, casi siempre de la mano de jesuitas, cobra especial importancia un conjunto de décimas escrito por Juan Cortés Osorio, donde se dan cita con habilidad e ingenio casi todos los tópicos presentes en los ataques contra Juan José de Austria, desde su nacimiento hasta, de nuevo, sus fracasos en Portugal:

Un fraile y una corona,  
un duque y un cartelista,  
anduvieron en la lista  
de la bella Calderona.  
Parió, y alguno blasona  
que, de cuantos han entrado  
en la danza, ha averiguado  
quién llevó la prez del baile,  
pero yo aténgome al fraile,  
y quiero perder doblado.

De tan sana cofradía  
procedió un hijo fatal,  
y tocó al más principal  
la pensión de la obra pía.



Claro está que les diría  
lo que quisiere su madre,  
pero no habrá a quien no cuadre  
una razón que se ofrece:  
mírese a quien se parece,  
porque aquél será su padre.

Sólo tiene una señal  
de nuestro Rey soberano:  
que en nada pone la mano  
que no le suceda mal:  
acá perdió Portugal,  
en las Dunas su arrogancia,  
dio tantos triunfos a Francia  
que es cosa de admiración  
quedar tanta perdición  
en un hijo de ganancia.

Bien sé que en Puerto Longón,  
Nápoles y Barcelona  
hacía con su persona  
gentil representación.  
Por ajena dirección  
obró bien cuando más tierno,  
pero en tomando el gobierno  
salió tan desatinado  
que, como hijo del pecado,  
dio con todo en el infierno<sup>36</sup>.

Todo ello da muestra del profundo estado de crisis en que vivía la sociedad española que enfrentaba el último cuarto del siglo XVII, y que conoce la muerte de Juan José de Austria en 1679, castigado en sus últimos años por las consecuencias de su dudosa actuación política y por las flechas envenenadas lanzadas contra él por el entorno de la Compañía de Jesús. En 1681 muere Pedro Calderón de la Barca, consumándose, en cierto modo, el final del Barroco y el comienzo de un nuevo y complejo tiempo para la historia de España, que deja atrás un estadio histórico del que el poema de Évora es fiel reflejo que espera, aún hoy, a que el trabajo de los especialistas en ese período apasionante de las literaturas ibéricas lo rescate del polvo y el silencio de la historia.

## VI

La visita al lugar donde se celebró la batalla de Ameixial, tras mucho deambular por carreteras secundarias en los alrededores de Extremoz, es un poco decepcionante para el curioso que llega a él atraído por el ruido de las armas. Una importante planicie sembrada de olivos nos habla hoy más del silencio y del sosiego del Alentejo que de la cruda realidad de una frontera trazada para separar, no para unir. Nos habla también de cierta *pobreza*, de la austeridad sobria y, en cierto modo, elegante, con que los habitantes de estos territorios fronterizos, deudores aún de esa parte de la historia, se enfrentan a los nuevos tiempos. Unos tiempos, es verdad, que tienen bastante de quijotescos, con esa nube amenazante de lluvia, siempre entre la utopía y el desengaño, entre la realidad y el deseo, bajo la que viven las relaciones entre los dos países peninsulares.

## NOTAS

<sup>1</sup> Aquilino RIBEIRO, *No cavalo de pau com Sancho Pança*. Lisboa: Librería Bertrand, 1960, p. 315.

<sup>2</sup> Cf. Vicente BARRANTES, *Aparato bibliográfico para la historia de Extremadura*, tomo I. Badajoz: Ubex, 1999, p. 84.

<sup>3</sup> Cf. Fernando CORTÉS CORTÉS, *El Real Ejército de Extremadura*. Universidad de Extremadura, 1985, p. 7 y ss.

<sup>4</sup> Cf. Joaquim CHORÃO LAVAJO, *O papel da Universidade de Évora e da Companhia de Jesús na Restauração de Portugal*. Universidade de Évora, 2002, p. 21.

<sup>5</sup> Cf. Oliveira MARTINS, cit. Por João Carlos F. A. CARVALHO, «Acerca dos textos do Menuelinho de Évora», en *A Cidade de Évora*. Évora, II série, nº 3, 1998-1999, pp. 173-228.

<sup>6</sup> Cf. John ELLIOTT, *Lengua e imperio en la España de Felipe IV*. Ediciones Universidad de Salamanca, 1994, pp. 73 y ss.

<sup>7</sup> Cf. Joaquim VERÍSSIMO SERRÃO, «Uma estimativa da população portuguesa em 1640», en *Memórias da Academia das Ciências*, vol. XVI. Lisboa, 1975, pp. 239-243.

<sup>8</sup> Cf. Fernando CORTÉS CORTÉS, *op. cit.*, pp. 83-85.

<sup>9</sup> Cf. *Sátiras políticas de la España moderna* (introducción, selección y notes de Teófanés Egido). Madrid: Alianza, 1973, pp. 23 y ss.

<sup>10</sup> *Memorial histórico*, tomos XIX, p. 417, y XVIII, p. 367. Cit. por Gabriel MAURA GAMAZO, *Carlos II y su corte*, tomo I, 1911, pp. 75-76.

<sup>11</sup> Cf. Alejandro L. IGLESIAS, *La colección de villancicos de Joao IV, rey de Portugal*. Mérida: ERE, 2002 (2 vols.).

<sup>12</sup> Cf. Albrecht GRAF VON KALNEIN, *Juan José de Austria en la España de Carlos II*, Lleida: Milenio, 2001, p. 112.

<sup>13</sup> Juan CORTÉS OSORIO, *op. cit.*, pp. 132-133.

<sup>14</sup> Vid. Josefina CASTILLA SOTO, *Don Juan José de Austria (hijo bastardo de Felipe IV): su labor política y militar*. Madrid: Cuadernos de la UNED 106, p. 27 y ss.

<sup>15</sup> Cit. Gabriel MAURA GAMAZO, *op. cit.*, p. 171.



<sup>16</sup> Una descripción pormenorizada de los contenidos de su biblioteca personal de madurez la encontramos en Albrecht GRAF VON KALNEIN, *op. cit.*, p. 507 y ss. Interesantes datos acerca de este asunto podemos también encontrarlos en José Luis BARRIO MOYA, «Libros aragoneses, catalanes, mallorquines y valencianos en la biblioteca de Don Juan José de Austria (1681)», en *Revista de Llibreria antiquària*, n° 12, 1986, pp. 37-46.

<sup>17</sup> Vid. Gabriel MAURA GAMAZO, *op. cit.*, p. 173 y ss.; y Josefina CASTILLA SOTO, *Op. cit.*, p. 29 y ss.

<sup>18</sup> Cit. Josefina CASTILLA SOTO, *op. cit.*, p. 164.

<sup>19</sup> *Op. cit.*, p. 84.

<sup>20</sup> Vid. Carlos Eugenio MASCAREÑAS, «D. Jerónimo Mascareñas. Historiador de la campaña de Portugal en Extremadura (1662)», en *Revista del Centro de Estudios Extremeños*, número, 1944, pp. 437-439.

<sup>21</sup> Duque DE MAURA, *Vida y reinado de Carlos II*, vol. I. Madrid: Espasa-Calpe, 1942 (3 vols.).

<sup>22</sup> Vid. Josefina CASTILLA SOTO, *Op. cit.*, pp. 179 y ss.

<sup>23</sup> Cf. Gabriel PEREIRA, *Estudos Eborenses*, II, p. 155. Cit. Joaquim CHORÃO LAVAJO, *Op. cit.*, p. 28.

<sup>24</sup> Cit. Gabriel MAURA GAMAZO, *op. c.*, p. 186.

<sup>25</sup> Vid. *Idem.*, p. 98, donde se menciona la lista de historiadores que reflejan esta circunstancia.

<sup>26</sup> Cit. Duque DE MAURA, *op. c.*, p. 21.

<sup>27</sup> Baltasar GRACIÁN, *El Crítico* (ed. Santos Alonso). Madrid, 1984, p. 285.

<sup>28</sup> BN, ms. 8345, folio 8. *Op. cit.* Albrecht GRAF VON KALNEIN, *op. cit.*, p. 37.

<sup>29</sup> Vid. Mercedes ETREROS, «Introducción» a Juan Cortés Osorio, *Invectiva política contra D. Juan José de Austria*. Madrid: Editora Nacional, p. 24 y ss.

<sup>30</sup> Un conocido ejemplo es la «Décima contra Don Luis de Haro» de Francisco de Quevedo, en la que arremete contra el sobrino del conde-duque de Olivares con motivo de la batalla perdida en Elvas en 1658:

A la nación castellana  
o la soberbia española  
sacudieron golpe en bola  
a las diez de la mañana;  
la arrogancia lusitana  
ganó el partido declaró,  
como se vio, caso raro,  
que teniendo apenas toque  
lograse cabe y emboque  
por haberse vuelto el Haro.

*Sátiras políticas de la España Moderna, op. cit.*, p. 177.

<sup>31</sup> Sobre este asunto y sobre la suerte del *Quijote* y de la obra de Cervantes en Portugal, vid. Maria Fernanda DE ABREU, *Cervantes no romantismo português*. Lisboa: Editorial Estampa, 1994, p. 38 y ss.

<sup>32</sup> Cf. BN, Ms 18.216, fol. 55 y ss.

<sup>33</sup> Vid. Henriette PARTZSCH, «El Quijote en el mundo», en AAVV, *La imagen del Quijote en el mundo*. Madrid: lungweg, CEC, 2004.

<sup>34</sup> Sobre este asunto, vid. determinadas informaciones ofrecidas por Federico ORTÉS, *El triunfo de Don Quijote. Cervantes y la Compañía de Jesús: un mensaje cifrado*. Sevilla: Muñoz Moya, 2002, p. 52 y ss.

<sup>35</sup> *Idem.*, pp. 20-22.

<sup>36</sup> *Idem.*, pp. 30-31.